

Apuntes sobre imágenes de la Edad Media y nuestros modos de encararla

Silvia Magnavacca

Sobre la base de lo escrito en diversas obras por medievalistas de la talla de Le Goff y de Umberto Eco, esta exposición se propone, en primer lugar, asumir esos tratamientos sobre las diversas imágenes y/o nociones que se tienen de la Edad Media releyéndolas, sobre todo, en la realidad de nuestro contexto inmediato. Así, por ejemplo, se diseñan a grandes trazos la imagen romántica de la Edad Media, la heroica, etc. En una segunda parte, se esboza una apreciación personal acerca de los distintos modos o estilos de abordar, desde la Filosofía, los períodos medievales según la imagen o noción de Medioevo que se sustente.

Antes de internarnos en nuestro tema, conviene subrayar dos notas. La primera es que las breves reflexiones que siguen simplemente resultan de la propia experiencia académica y son, por tanto, subjetivas. La segunda nota que es necesario enfatizar es que esas reflexiones parten del campo de la Filosofía y de su perspectiva específica. Esta última observación es particularmente importante tratándose de la Edad Media, puesto que es aquel tramo en la historia del pensamiento donde, gracias a la célebre Escuela de los *Annales* –en especial con sus historiadores de la tercera y cuarta generación– tuvieron comienzo los estudios multidisciplinarios. Pero, aunque se lo ha aclarado muchas veces, nunca se insistirá bastante en el hecho de que se accede a esa diversidad de enfoques desde una disciplina en particular. En efecto, ella aporta datos propios a las demás, y éstas le acercan los suyos. Sin embargo, cada una los elabora según su metodología particular, la cual *no* es intercambiable y tiñe de algún modo las conclusiones a las que se arriba. Con todo, éstas resultan, obviamente, enriquecidas en el diálogo multi- y, a veces, interdisciplinario.¹

Hechas estas salvedades, quisiera, de un lado, repasar las imágenes más frecuentes sobre la Edad Media con las que, de hecho, me he topado en el ejercicio de la enseñanza de la Filosofía Medieval; del otro, como habrá ocasión de exponer, hacer una suerte de revisión metodológica de los modos de abordar el Medioevo desde la Filosofía –cualquiera sea la idea que de él se tenga– que me parecen más habituales en nuestro medio.²

En el Prólogo del excelente *Diccionario razonado de la Edad Media*³ que compila y edita con Schmitt, Jacques Le Goff utiliza una expresión que me sorprende que todavía hoy pueda, a su vez, sorprender a algunos estudiosos. Dice: “la Edad Media que *proponemos*...”. En la reseña que hace de esta obra colectiva, Geneviève Bührer-Thierry señala que era difícil imaginar que la preocupación por lo que se suele llamar “la historia-problema” pudiera servir de guía para la

¹ De hecho, el olvido de la importancia y el peso que tiene la particularidad epistémica de cada disciplina suele ser fuente de dificultades y equívocos, por ejemplo, en la lectura de tesis doctorales que interesan o al menos tocan varias disciplinas. Cada miembro del jurado evaluará con arreglo a los criterios epistemológicos de su materia. Una muy buena tesis en Historia de la Literatura puede ser muy endeble desde el punto de vista filosófico. Todo lo que se dice aquí es que tesisistas, pero especialmente sus directores, no siempre somos conscientes de este problema que merece ser objeto de discusión académica.

² Deliberadamente uso el término “Medioevo” alternándolo con “Edad Media”. No encuentro peso o sustancia en ninguna de las razones que escuché aducir para desechar el primero. Me dicen que “no está de moda”. Lo utilizo precisamente porque creo impropio obedecer a la sinrazón.

³ Cf. Le Goff- Schmitt (1999: 10 y ss.).

elaboración de un diccionario, cuya mayor originalidad, por lo demás, consiste en la inclusión de entradas dobles como “cuerpo-alma”, “escrito-oral”, etc. Obviamente, cuando se asume la Historia como problema, no se trata sólo de establecer hechos y fechas o trazar biografías, sino fundamentalmente de hacer reflexionar sobre las relaciones entre los conceptos mismos, de inducir al lector a plantearse cuestiones, sin imponer ninguna subordinación de un fenómeno a otro. De este modo, para quien hace esta reseña,⁴ con la que acuerdo, el lector puede elaborar diferentes itinerarios para acceder a un mejor conocimiento de la Edad Media. Esos itinerarios son sus propios intentos de reconstruirla.

Desde luego, tales intentos de “reconstruir” la Edad Media histórica, “real” son siempre desesperados por imposibles. Cuando yo era estudiante, uno de mis viejos profesores en la Facultad nos dijo cierta vez: “Jamás vamos a poder penetrar en el círculo hermenéutico de un autor”. Recuerdo que el comentario, aunque perfectamente sostenible, me pareció entonces –y me sigue pareciendo– de alguna manera paralizante. Con todo, no debemos perder de vista el hecho de que nuestra Edad Media es un Medioevo que la imprescindible y denodada atención a los documentos nos permite ya no re-construir sino construir imaginariamente. Hoy, siguiendo todavía a Le Goff, se insiste sobre esta idea de una Edad Media imaginaria e imaginada. Pero esto no significa de ninguna manera abandonarse a la dosis de arbitrariedad –mejor dicho, de irracionalidad– que tiene cualquier sueño. Este último es el otro extremo de la parálisis a la que aludía.

Así, creo que el mayor compromiso de quienquiera que se dedique a nuestra especialidad está, por una parte, en el esfuerzo de una estricta atinencia a los textos casi con obsesión filológica; por la otra, en la disposición abierta a corregir rasgos de esa Edad Media que se sueña en cualquiera de sus instancias, de sus momentos, de los pequeños o grandes mundos que se suceden y que se incluyen en esa demasiado vasta categoría de “Medioevo”. “Si todo sueño de la Edad Media es el sueño de *una* Edad Media, ¿de qué sueño y de qué Edad Media hablamos?”, se pregunta Umberto Eco.⁵ Y, como, más allá de las características –siempre e inevitablemente peculiares– con las que cada uno de nosotros lo piense, hay imágenes comunes y reiteradas del Medioevo, Eco intenta una tipología que él llama “tosca y genérica como lo son todas las tipologías”. Añadamos que abarca no solamente una imagen sino también una actitud, que de algún modo deriva de esas imágenes o que acaso las genera.

Siguiendo los pasos de Eco, quisiera intentar una tipología propia, sobre la base del uso de esta supuesta “categoría” histórica que se hizo desde que comenzó a usarse la expresión, es decir, desde el Renacimiento avanzado hasta hoy. Mi segundo punto de apoyo, después de la autoridad intelectual de un medievalista que es fundamentalmente semiólogo, es lo inferido a partir de conversaciones con colegas y discípulos. El tercero es la manera que se observa de referirse al Medioevo que tienen especialistas de otras materias y hasta personas cultas pero que no se han dedicado a las disciplinas humanísticas.

Es una tipología –o mejor, una colección– que no difiere tanto de la Eco; sólo subraya algunas “imágenes de Edad Media y actitudes asumidas respecto de ella” que son más frecuentes entre nosotros, excluyendo otras que, en cambio, han pesado mucho en Europa –particularmente, en Italia– y que aquí no fueron objeto de mucha controversia. Dicho esto, hay que agregar que

⁴ Cf. G. Bührer-Thierry (2001: 170-171).

⁵ Eco, U. (2012: 105 y ss.).

distinguiremos entre imágenes-actitudes propiamente dichas, por una parte, e ideas o nociones genéricas que se suele tener sobre la Edad Media, por la otra.

* * *

Comencemos por el grupo constituido por las **imágenes-actitudes** de la Edad Media, imágenes que, precisamente por serlo, se reflejan y se retroalimentan en la literatura y, hoy, en la producción cinematográfica.

1. El primer modo de asumir el Medioevo –el orden seguido aquí es completamente aleatorio y no refleja ningún grado de importancia– es como *pretexto*. Es una actitud que no tiene ningún interés real por ninguna época medieval, que se despreocupa absolutamente por la documentación de la que se dispone y sólo se basa sobre algunos rasgos supuestamente medievales para construir un lugar mitológico donde hacer revivir personajes que en el fondo son contemporáneos. Es común en la cinematografía de los últimos años y lo ha sido en la poesía, particularmente en la poesía de la Contrarreforma, o, por ejemplo, en la *Jerusalén liberada* de Torcuato Tasso.

2. La segunda actitud que se tiene sobre la Edad Media es la de la *nostalgia irónica*. Se nutre de la imagen del Medioevo que supuestamente monopolizó el sentido del honor y la generosidad, el de los caballeros andantes, el que pervive en el Quijote de Cervantes. Es el de los que vuelven sobre una época ya pasada y la idealizan, para reivindicar valores que, sin transfiguración histórica, son irreproducibles.

3. En el otro extremo, un extremo terrible pero que hay que mencionar porque existe, tenemos la imagen de una Edad Media como *lugar de barbarie*. La cree una época de brutalidad, ajena a toda forma de lo que solemos llamar “civilización” y de ley. Es la heroica, sí, pero también la de la pura fuerza triunfante. Es el Medioevo de quienes, con escándalo de anacronismo, hacen la apología de Carlomagno, vencedor en batallas, que, siendo un emperador, “apenas sabía firmar” (lo cual no debiera ser necesariamente descalificador tratándose de ese siglo). Ahora bien, es en esa profunda oscuridad lúgubre de *dark ages* de donde desean ver surgir una luz enceguedora. Es la Edad Media no tanto de “El séptimo sello” o “La fuente de la doncella” de Bergman, como la del espíritu de la tetralogía de Wagner o de una suerte de espíritu dionisíaco, por lo menos, decididamente anti-apolíneo.

4. Muy distinta, aunque igualmente oscura, es la Edad Media *romántica*. Pero su oscuridad es la del castillo en ruinas habitado por fantasmas. Un Medioevo que juega con lo fantasmagórico, a diferencia del anterior que lo hace con lo demoníaco, un Medioevo de doncellas en apuros y héroes que las rescatan, como casi todo lo escrito y filmado en torno de los caballeros del Rey Arturo. Es también la Edad Media de otras tantas leyendas, como las de Tristán e Isolda... y hasta resuena en algunos filmes espaciales poblados de astronaves y dragones.

5. Hay que contar, además, aunque entre nosotros no se la ha capitalizado, la Edad Media *heroica y popular*. Se trata de una Edad Media de los últimos siglos medievales porque es la de las identidades nacionales. Es el Medioevo de *Ivanhoe*, de Sir Walter Scott, con la imagen diluida de Robin Hood detrás, y, en términos fílmicos, la de William Wallace. Ésta es la anti-imperial por excelencia, ya que pone el acento en los períodos inclusive de levantamientos comunales y siempre enfatiza la victoria en la lucha contra el dominio extranjero, más que imperial.

Sigue ahora un grupo, más que de imágenes, de **ideas** sobre el Medioevo, discutibles como todas las ideas, pero evidentemente más elaboradas en un plano conceptual.

6. En el plano ya de las utopías intelectuales, hay que enumerar lo que se podría llamar la Edad Media “*antídoto*”, porque es aquella que se concibe como escudo contra una modernidad y post-modernidad ya instalada y que, desde luego, fue alguna vez incipiente. Suele estar acompañada por un reclamo de reprimación de la Iglesia como uno de sus pilares fundamentales, puesto que ese escudo, para proteger verdaderamente, debe estar limpio. Ésta es, por ejemplo, la Edad Media que Dante acababa de dejar a sus espaldas e intenta rescatar, mejor aún, restaurar, valiéndose a veces de símbolos crípticos y lenguaje de sectas como los “*fedeli d’amore*”. Todavía hay quienes están instalados en esa posición.

7. Una de las ideas, si no más difundidas, al menos, más firmemente defendidas, es la de la Edad Media cuyo mayor logro es supuestamente la así llamada “*philosophia perennis*”. Tal cosmovisión filosófica se erigió sobre la base de la continuación y los comentarios de Cayetano y Juan de Santo Tomás al Aquinate, más que del mismo Tomás. La Edad Media de la *philosophia perennis* – a la que algunos pretendieron reducirla– es la que celebran, entre las mentes lúcidas, el cardenal Mercier y, en el siglo pasado, Etienne Gilson. Convicción propia de Jacques Maritain, fue consagrada por el papa Pío XII y está obviamente muy vinculada con el mundo católico y anclada –aunque con excepciones– en lo filológico.

8. Otra idea bastante generalizada de la Edad Media es la *críptica*, la que hace hincapié en algunos orígenes gnósticos para sospechar un Medioevo “verdadero”, sincretista, que está oculto bajo y en las tradiciones iniciáticas. Se trata de una idea completamente acrítica y a-filológica de la Edad Media, sostenida por lo que no se puede probar ni refutar. Es la de la fabulación alquímica, la de los constructores de las catedrales asesinadas, la de la fascinación permanente – y para muchos hipnótica– de un mensaje que sólo llega a los “elegidos” y se transmite a través de ellos, “impermeables al hábito popperiano de la falsación”, dice Eco. Esta idea críptica es todavía fuente de documentales para televisión y aun de best-sellers que deleitan a muchos miembros de un público –claro está– no especializado.

9. Hay que considerar también la idea de una Edad Media *obsesiva y apocalíptica*, la de una edad que vivió esperando al Anticristo. De hecho, ella es admirada y se prolonga en todos los fanatizados por una espera que resolverá todos los problemas después de la crisis final, desde los circuncelliones a los terroristas, de los fraticelli a los ecologistas extremos. Es la Edad Media que supuestamente enseña a saber identificar al Anticristo cuando llame a la puerta.

10. He dejado para el final la idea de Edad Media que prefiero, así como parecen haberla elegido, con las variantes personales del caso, muchos de nosotros como contexto de nuestras indagaciones puntuales en los textos filosóficos. Es la Edad Media que llamaría de documentación “*multifocal*”, al menos, “*bifocal*”. La bifocalidad obedece a una mirada histórica tanto macro como microscópica, es decir al hecho de que esos documentos pueden contarse ya sea entre las grandes crónicas e historias al estilo de un Henri Pirenne, ya entre las historias minutas, a la Duby, las que se espían en los registros parroquiales, las actas notariales o las de los consejos universitarios. Y, sobre todo, es este último tipo de documentos –que la escuela de los *Annales* nos enseñó a poner muchas veces en primer plano– lo que nos permite imaginarnos el contexto, con frecuencia determinante, del desarrollo no sólo de una disputa sino aun de una doctrina. La comprensión del concepto de *mensura*, por ejemplo, fundamental en la metafísica agustiniana, cobra un relieve particular cuando se sabe que el término se usaba como medida al extraer el trigo de un granero para su venta; o se amplía la concepción filosófica de la vida intelectual cuando se comprenden los avatares político-sociales que llevaron a que esa vida pasara de refugiarse en el monasterio a enfrentarse a la fragorosa vida urbana en el *studium* o en

la universidad, para volver a recogerse en los cenáculos –esta vez, laicos– de los humanistas. En fin, los ejemplos podrían multiplicarse.

Desde luego, cualquier idea de la Edad Media requiere, por principio, reiterémoslo, recurrir a los documentos y no sólo a los filosóficos. No se trata de buscar nuevos argumentos para defender una imagen preconcebida; entonces, se trataría, sin más, de un prejuicio; en ese caso, en efecto, la búsqueda se desmentiría a sí misma, porque comenzaría por ser sesgada. Creo que cada nuevo texto a los que una se enfrenta, con la mente lo más permeable que sea posible, pone a prueba precisamente esa idea de Medioevo que anida en nosotros como telón de fondo o como horizonte de sentido. Al leer, esa idea se va afinando, se van sustituyendo algunos de sus trazos por otros, de manera que, al cambiar conscientemente la idea, también la imagen se va modificando inconscientemente. Pero lo difícil del ejercicio de leer para nosotros es justamente la posibilidad de que esa idea quede modificada aun radicalmente.

Por todo esto, una de las citas de Michel Foucault que me parecen más iluminadoras para esta especialidad, al menos, es la que aparece en *Un "fantástico" de biblioteca*. Allí Foucault escribe que “lo fantástico ya no habita en el corazón. Se lo alcanza en la exactitud del saber y su riqueza aguarda *entre los documentos*. Para soñar, no es necesario cerrar los ojos; hay que leer. La verdadera imagen es el conocimiento. Lo imaginario no se constituye contra lo real... se extiende entre los signos, de libro a libro, en el intersticio de las repeticiones y de los comentarios, nace y se forma en la galería de los textos. Es un fenómeno de biblioteca”.

* * *

Por lo último que se ha dicho, la imagen y/o la idea que cada uno tiene de nuestra Edad Media no condiciona necesariamente el **modo que se tiene de abordarla**, especialmente considerando que nos acercamos al Medioevo desde intereses filosóficos. Pero es inevitable que la imagen que se alberga del Medioevo y el modo de abordar los estudios de “sus filosofías”, funcionan a manera de fondo y figura y se retroalimentan, ajustándose recíprocamente cuando hay honestidad metodológica.

Dicho esto, quisiera mencionar algunos modos de encarar los estudios de Filosofía Medieval que me parece que se dan y se han dado en los últimos años en nuestro país, cosa que me permito hacer después de haber sido jurado en buena parte de las cátedras de la especialidad en las universidades nacionales de la Argentina.

Pienso que hay no tanto modos como **estilos** de abordaje. Ambos, desde luego, transuntan, a su vez, una manera de entender la Filosofía; mejor aún, la actividad o la dedicación a la Filosofía. Sin ánimo de esquematizarlos, con el solo objeto de volver la exposición más clara, ya que ninguno se puede encontrar en “estado puro”, por así decir, y, sobre todo, de indicar lo que me parecen los riesgos de cada uno, creo que se pueden mencionar como principales los siguientes, sin que el orden, ni ningún otro factor, establezca entre ellos jerarquización alguna:

A) el modo o estilo *filológico*. No se puede desprender de la idea de que filología sólo maneja los datos exactos que “garantizan” la rectitud de una interpretación, como si tuviera sentido hablar de esto último. En una intervención en la Universidad Autónoma de México, la investigadora Tatiana Bubnova ha dado una caracterización que me parece interesante: la filología –dice– se vive a sí misma como un dominio o campo de investigación, mientras que la filosofía sería un campo de “creación”. Es obvio que, cuando en la labor del medievalista ambas disciplinas no se entrecruzan sino que permanecen como en compartimientos estancos, el filósofo termina haciendo literatura –

y, por cierto, no en el mejor sentido– mientras que el filólogo que no logra elevarse sobre el dato desnudo –en el supuesto de que fuera posible tal cosa– acaba en una erudición por la erudición misma que puede ser un pasatiempo pero que no mejorará nuestra comprensión de lo real. Con todo, y más acá de esto, o sea, cuando no se llega a esos extremos, estar particularmente atento a la exigencia filológica en el abordaje de la filosofía medieval es un estilo cultivado también entre nosotros y una actitud encomiable por la disciplina intelectual historiográfica que refleja.

B) Otro modo de asumir como disciplina la historia de la filosofía medieval, es el *doctrinal*. Entiendo por esto el abordaje que privilegia una perspectiva, la tomista, por ejemplo. El riesgo de este modo es la clausura a otros enfoques, otras perspectivas y aun a otros autores que de algún modo no encajen con las propias hipótesis. Es, por su misma índole, frecuente en las universidades confesionales, pero no se da sólo en ellas, pensemos, por ejemplo, en el florecimiento actual de los estudios neoplatónicos y no sólo en nuestra Facultad.

C) El tercer modo o estilo es el que llamaría *hipertemático* que consiste en abordar la Edad Media como si se redujera a un tema y/o a un conjunto de problemas. Abrumados por la extensión y la riquísima variedad del pensamiento en el Medioevo, muchos optan por acotarlo de esa manera, acotación que, en la mayoría de los casos, cada vez se torna más estrecha. Lo hace al punto de que no hay contribuciones fecundas entre sus cultores: en intervenciones en congresos o en la redacción de artículos acaban por reiterar lo mismo con diferentes términos. Es verdad que esto permite, intelectualmente hablando, una profundización en el punto elegido, como también es cierto que, académicamente hablando, es más “redituable”: permite reciclar una idea en múltiples ocasiones para cumplir con las apremiantes exigencias curriculares y administrativas que poco tienen que ver con la Filosofía. Pero este estilo, tan frecuente hoy, por olvidar el contexto, conspira contra la pérdida de perspectiva, y ésta, a su vez, anula una comprensión profunda de lo que se ha trabajado.

D) Por último, quisiera mencionar una manera de encarar el Medioevo filosófico que se podría denominar, a sabiendas de que el término no es feliz, *historicista*. Ésta busca que el conocimiento del contexto y, a la vez, el manejo filológico, redunden en una hermenéutica siempre más afinada y abarcadora de los factores que confluyen en un texto. Para ello, tiene que recurrir a otras disciplinas, puesto que es un modo de abordaje esencialmente multidisciplinario. En lo que hace a nuestro campo, hay que insistir en que la Filosofía en la Edad Media es inescindible, en particular, de la Teología y supone, en consecuencia, un conocimiento elemental de su historia. Pero justamente por la multidisciplinariedad el riesgo de esta perspectiva es la dispersión, la pérdida de foco en lo estrictamente filosófico.

Sea cual fuere el modo que se asuma de abordar este período o, mejor dicho, estos mundos que se van sucediendo en lo que se ha dado en llamar “Edad Media”, creo que no hay que olvidar el último objetivo de todo estudio de esta clase: se aprende de ellos para nosotros, hoy. Precisamente porque tiene esto presente, un colega suele decir que ejerce su profesión “negándose a exhumar cadáveres para sepultarlos en otras tumbas”. El estudiante y el estudioso de cualquier tramo de la Historia de la Filosofía transita por mundos apasionantes porque siguen vivos en nosotros. Se trata de comprender cómo.

Podrían describirse aún más modos de encarar nuestra disciplina, toda vez que afortunadamente hemos sido discípulos de múltiples maestros y hemos legado a la Universidad múltiples investigadores. Le ley de oro que re-propondría hoy es la que he propuesto a lo largo de toda mi actividad docente: revisar siempre la imagen de Edad Media que se ha nutrido y no temer poner a prueba el propio modo de encararla para, eventualmente, modificarlo.

Bibliografía

- » Bühner-Thierry, G. (2001). "Notes de lecture : Jacques Le Goff et Jean-Claude Schmitt dir., Dictionnaire raisonné de l'Occident médiéval, Paris, Fayard, 1999", *Médiévales*, 40, pp. 170-171.
- » Eco, U. (2012). *De los espejos y otros ensayos*, trad. Cárdenas Moyano, Barcelona, Debolsillo.
- » Le Goff, J., Schmitt, J. (1999). *Dictionnaire raisonné de l'Occident médiéval*, Paris, Fayard.